

La calle  
Diario de un espectador  
Tony Aguilar  
por miguel ángel granados chapa

para el jueves 21 de junio de 2007

Nacido el 17 de mayo 1919 en la hacienda de Tayahua, municipio de Villanueva, Zacatecas, Pascual Antonio Aguilar Barraza era un ranchero de verdad, carácter con el que se mostró durante años ante el público que lo admiró hasta su muerte, tal como se comprobó por la multitud que acompañó ayer sus restos mortales. Y sin embargo, su larga carrera en el cine comenzó haciendo papeles en historias urbanas.

Debutó con Joaquín Pardavé en *El casto Susano*, en 1952. No alcanzó entonces crédito que marcara el inicio de su carrera. Pero no tardó en obtener reconocimiento. En su segunda y tercera actuaciones ya figura en el elenco. En 1952, al actuar en *Un rincón cerca del cielo*, dirigida por Rogelio González, ya aparece al lado de Pedro Infante, Marga López, Silvia Pinal y Andrés Soler. Y en la continuación de esa cinta, filmada en el mismo año y titulada *Ahora soy rico*, Aguilar ocupa un sitio sólo superado por Pedro y Marga. En ese tipo de papeles hizo una decena de películas, hasta que Jaime Salvador lo invistió del papel de héroe campirano simpático y atrevido en seis películas al hilo, la primera de las cuales fue *El rayo justiciero*, filmada en 1954.

Ya en esa cinta se hizo llamar Tony Aguilar. Su dama fue Elda Peralta, y acompañó a ambos Víctor Alcocer, que siempre hizo de “norteño”, tanto cuando trabajaba en el cine como cuando hacía radio, donde fue famoso por un personaje llamado Pepe el regañón. *El rayo justiciero* se estrenó simultáneamente en tres cines populares, Colonial, Popotla y Tacubaya, el 11 de agosto de 1955.

Aguilar filmó varias películas basadas en relatos de Ricardo Garibay, o en las que el escritor hidalguense era el autor de los guiones. Cuando Garibay recordó sus andanzas cinematográficas en *Cómo se gana la vida*, donde habla mal de casi todos, porque despreciaba la maquila cinera, como decía, tiene presente para bien a Aguilar:

“Jamás pude colar nada mío. Jamás conseguí una escena donde no metiera la jeta y la sucia mano uno de aquellos que digo. No escribí nada que no fuera puntualmente convertido en película mexicana. Son el revés del rey Midas: hay que ver el talento que tienen para convertir en mierda lo que tocan. Lo que más logré salvar fue *Los hermanos del hierro*, porque Ismael Rodríguez pidió que estuviera constantemente con él durante la filmación y obligó a los actores a respetar hasta en un ochenta por ciento los diálogos...

Un día el doctor Tomás Córdoba, que también me diera el tema de *Los hermanos*, me dijo: --Te regalo este plot: un niño huérfano halla en la calle un naipe, un siete de copas. Esa carta lo marca para siempre como jugador y sella su infortunio.

Escribí un guión muy dramático. Toni Aguilar se encargó de colocarlo. Wallerstein dijo: --Pero nos está faltando el actor cómico. ¿No les parece? -----No, dije. --Es obvio que necesitamos al actor cómico, dijo- --Hermano --dijo Toni--es un dramón, no podemos meter a un payaso. --Pero debemos recordar que este es un primer tratamiento, dijo Wallerstein. --No, dije. Este es el tratamiento

Yo estaba envalentonado porque Toni quería hacer el papel, y él era la taquilla, el renglón solo en que ha pensado Wallerstein en sus ciento ochenta años de productor, el más principal productor de la desdichada industria azteca:

--Hermano, a mi ese tratamiento me trai pendejo, me trai no se cómo decirte que me trai, dijo Toni. Inapelable argumento. El otro se resignó a doblar las manos.

--Está bien. Vamos pensando entonces dónde entran las canciones.

Y aglomeraron canciones. Ni ópera que hubiera sido. Canciones bravías, canciones tristes, canciones de amor ardiente, canciones de adiós ya nunca volveré, canciones de rosa la flor deshojada un día. El tahir se pasa hora y media berreando entre guitarras lloronas”.